

Cuasi magnicidio en Puntarenas:
Análisis histórico-jurídico del asesinato del Presidente Juan Rafael Mora Porras
perpetrado el 30 de septiembre de 1860

Tomás Federico Arias Castro¹

Introducción

Desde siempre, el territorio de Puntarenas presentó una especial significancia para el Presidente de la República Juan Rafael Mora Porras (1849-1849), pues dicho sitio estuvo asociado a éste mandatario a lo largo de toda su vida. Así, ya desde los años cuarenta del siglo decimonónico, Mora había iniciado un exitoso negocio de exportación de café hacia Suramérica y Europa partiendo precisamente de dicha localidad portuaria en varias travesías marítimas, siendo, también, el lugar al que se apersonaba con periodicidad para recibir los embarques de productos y mercadería comerciales que importaba.²

Asimismo y una vez iniciado su Gobierno, Mora vivió cuatro importantes momentos históricos relacionados a Puntarenas. Ello por cuanto, en 1852, ordenó la construcción del segundo nosocomio de Costa Rica y primero de dicho puerto, al cual se denominó con el nombre de Hospital de San Rafael.³ Además, fue el puerto puntarenense el punto de partida utilizado por Mora y el Ejército costarricense proveniente del Valle Central, para dirigirse a la zona de Moracia (actual Guanacaste) con el fin de enfrentar a las tropas filibusteras en el marco de la *Campaña Nacional 1856-1857*.⁴ Seguidamente, fue Mora quien dispuso, en 1857⁵, la construcción de la primera vía férrea de nuestra historia, la cual abarcó desde el puerto puntarenense hasta la ribera del río Barranca. A lo que debe de agregarse, que fue precisamente dicho Presidente quien emitió el Decreto N.º XXV de 1858 por el que se le concedió el título jurídico de ciudad a la comarca de Puntarenas.⁶

1 Coordinador-Docente de la Cátedra de Historia del Derecho de la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica y docente de Historia de la Masonería del programa de Extensión Docente de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica. Abogado y Msc. en Ciencias Políticas. toarca@costarricense.cr

2 ARIAS CASTRO, Tomás Federico, “Don Juan Rafael Mora Porras: empresario por antonomasia del siglo decimonónico”, *Revista Comunicación (ITCR)*, N.º 1, 2015, pp. 75-84.

3 RODRÍGUEZ PORRAS, Armando, *Juan Rafael Mora y la guerra contra los Filibusteros*, San José: Imprenta Las Américas, 1955, p. 60.

4 OBREGÓN LORÍA, Rafael, *Costa Rica y la guerra contra los Filibusteros*, Alajuela: MHCJS, 1991, p. 86.

5 FERNÁNDEZ MONTÚFAR, Joaquín, *Boceto histórico del ferrocarril nacional*, San José: EUNED, 2008, p. 2

6 *Colección de Leyes y Decretos (1858)*, San José: Imprenta de la Paz, 1871, p. 227.

Empero, fue también la localidad puntarenense a la que le correspondió el triste y trágico destino de servir de acre escenario para la consumación del execrable asesinato de Mora en septiembre de 1860. Homicidio que fue urdido por un grupúsculo de enemigos políticos y, sobre todo, comerciales de dicho mandatario, cuya intencionalidad manifiesta fue la de darle muerte para que no pudiese reinstalarse en el solio presidencial del cual había sido defenestrado en agosto de 1859 como resultado de un ilegítimo Golpe de Estado que se perpetró en su contra. A lo cual se agregó, con absoluta e inaudita ignominia, el planeamiento y verificación de una trama pérfidamente ocultada bajo el tamiz de un supuesto proceso judicial de índole militar, con el fin de que los detalles siniestros de su ejecución fuesen sumidos en el más severo ocultamiento y silencio.

Concatenación de sediciones y felonías

Tras varios meses de intensos y calculados preparativos, y tras escogerse las horas de la madrugada para actuar con sigilo y alevosía, el Presidente Juan R. Mora P. fue atacado y apresado en su casa hacia las 3.00 am del domingo 14 de agosto de 1859.⁷ Hecho que fue perpetrado parte de un batallón sublevado del ejército bajo el mandato del militar Sotero Rodríguez⁸, quien fue escogido para dicho actuar por el Cnel. Lorenzo Salazar A. y el Mayor Máximo Blanco R.⁹, quienes, a su vez, habían sido contratados pecuniariamente para ese fin, por un conjunto de enconados adversarios de Mora.

A continuación, Mora fue recluido en el antiguo Cuartel de la Artillería (actual Mercado Central de San José), ocasión que fue aprovechada por los perpetradores de la rebelión para firmar un documento sedicioso que justificase su accionar¹⁰, al cual se tituló *Acta del Vecindario de San José*.¹¹ Para el 16 de agosto, se dispuso la inmediata expulsión del país de Mora, por lo que fue trasladado hasta el puerto de Puntarenas el martes 16 de agosto. Así, después de pernoctar en la finca *La Pastora* (ubicada a orillas del río

7 ARIAS CASTRO, Tomás Federico, “Don Juan Rafael Mora Porras: historia de su estatua”, *Uniones (Club Unión de Costa Rica)*, N.º 55, 2011, pp. 19-21.

8 GÓMEZ URBINA, Carmen L., *La pena de muerte en Costa Rica durante el siglo XIX*, San José: ECR, 1985, p. 84.

9 JINESTA MUÑOZ, Carlos, “El fusilamiento de don Juan Rafael Mora”. En: *Paginas Ticas*, San José: Librería Las Américas, 1962, p. 55.

10 CHACÓN GONZÁLEZ, Lucas R., “Biografía del expresidente de la República General y Benemérito de la Patria D. Juan Rafael Mora”. En: MOLINA JIMÉNEZ, Iván, *Las primeras biografías de Juan Rafael Mora*, San José: ECR, 2014, p. 116.

11 MELÉNDEZ CHAVERRI, Carlos, *Documentos fundamentales del siglo XIX*, San José: ECR, 1978, pp. 284-285

Barranca), Mora arribó a Puntarenas en donde se encontró con su hermano, el Gral. José Joaquín Mora P.¹² y con su cuñado, Gral. José María Cañas E.¹³, enterándose de seguido acerca de la expulsión que también había sido decretada en contra de ambos. Después de varios días de espera, los tres detenidos salieron del país el 19 de agosto a bordo del barco-vapor *Guatemala*¹⁴, enrumbándose hacia El Salvador¹⁵ adonde arribaron el día 21.

Fue entonces en medio de esa coyuntura cuando surgieron los nombres de los autores intelectuales y patrocinadores económicos de la traición contra Mora, los cuales, en efecto, se habían caracterizado, otrora, por su condición de enemigos políticos y comerciales de éste en distintos litigios judiciales, así como por su participación en varias frustradas rebeliones y tentativas de felonía contra el citado ex mandatario. Grupo de conspiradores que se coaligaron bajo el tristemente célebre nombre de la *Nueva Era*¹⁶ y cuyos nueve integrantes fueron: Vicente M. Aguilar Cubero, Francisco M. Iglesias Llorente, Edward W. Alpress, Edward A. Joy Redman, Julián Volio Llorente, Ramón Molina, así como los hermanos José M., Francisco y Mariano Montealegre Fernández.¹⁷

Ahora bien, tras la expulsión de Mora, los integrantes de la *Nueva Era* escogieron a José M. Montealegre como nuevo Presidente¹⁸, sin más legalidad para ello que la simple decisión de los golpistas. De modo paralelo, varios de ellos fueron parte del nuevo gabinete, mientras que en lo tocante a los facciosos militares que se habían sublevado, Salazar fue condecorado con el grado de General de División y la jefatura de la *Comandancia General*, a Blanco se le concedió el rango de Gral. Brigadier y la comandancia del *Cuartel Principal*, mientras que a Sotero Rodríguez se le premió con la condición de Teniente Coronel y la comandancia del *Cuartel de la Artillería*.¹⁹

12 Nacido en San José, el 21 de febrero de 1818. NÚÑEZ MONGE, Francisco M., *General José Joaquín Mora (biografía y documentos)*, San José: Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas, Alajuela: MHCJS, 1978, p. 1

13 Nacido en el poblado salvadoreño de Suchitoto, el 23 de septiembre de 1809 GRILLO JIMÉNEZ, Clara L., *El General José María Cañas*, San José: EUNED, 2010, pp. 1-3.

14 HILJE QUIRÓS, Luko, “Don Juanito Mora y el capitán Dow”, *Revista Comunicación (Instituto Tecnológico de Costa Rica)*, edición especial, 2010, pp. 79-81.

15 MÉNDEZ ALFARO, Rafael A., *Historiando Costa Rica en el siglo XIX*, San José: EUNED, 2012, p. 135.

16 BLEN MUÑOZ, Adolfo, *El Periodismo en Costa Rica*, San José: ECR, 1983, pp. 120-121 y NÚÑEZ MONGE, Francisco M., *Periódicos y periodistas*, San José: ECR, 1980, pp. 40-41.

17 ARIAS CASTRO, Tomás Federico, *Los asesinatos del presidente Mora Porras y del general Cañas Escamilla (análisis histórico-jurídico de su proceso, ejecución y sepelio)*, San José: EUNED, 2015, pp. 18-43.

18 ARGÜELLO MORA, Manuel, *La Trinchera y otros relatos*, San José: EUNED, 2001, p. 54.

19 ZAMORA CASTELLANOS, Fernando, *Militarismo y Estado constitucional en Costa Rica*, San José: Investigaciones Jurídicas S. A., 1997, p. 65.

La antesala siniestra

Para mediados de 1860, Mora Porras, su hermano y el Gral. Cañas tuvieron noticias de que en los meses anteriores se habían dado en Costa Rica varias proclamas e intentos infructuosos con la intención de reinstalarlo como gobernante, por lo que tomaron la determinación de regresar a nuestra patria para recuperar el poder presidencial que tan ilegítimamente la *Nueva Era* le había arrebatado desde ya hacía casi un año.

Sin embargo, dichos personajes fueron previamente espiados por un individuo llamado Gabriel Segura²⁰, quien había sido enviado para dicho fin por el antes citado Vicente Aguilar (Secretario de Guerra del golpista Presidente Montealegre). A lo cual se unió la delación de todos los detalles logísticos de la operación a la *Nueva Era* por parte del Dr. Vicente Herrera Z.²¹, quien traicionó a Mora en Costa Rica, a pesar del depósito de confianza que el ex gobernante le había concedido al comunicarle su inminente proyecto.

A continuación y sin conocer los oprobiosos actos de Segura y Herrera, Mora y sus correligionarios conformaron un llamado *Comité Central Morista*²² para la dirección de las operaciones militares. Pero, en una disposición poco afortunada, como se analizará más adelante, Mora comisionó al comerciante y hacendado chileno José Ignacio Arancibia Lagos²³, para que asumiese la dirección inicial de las operaciones militares en Costa Rica.

Cuatro días después, el 14 de septiembre de 1860, la epopeya dio comienzo con la toma bélica del pueblo de Esparza y del puerto puntarenense por parte de Arancibia. Incluyendo esto último la ubicación estratégica de una guarnición tanto en el llamado *paso del río Barranca*, así como en la estrecha lengüeta terrestre de *La Angostura*.²⁴ Acontecimientos que estaban siendo esperados por los demás partidarios de Mora para iniciar su respectiva rebelión. Pero, los integrantes de la *Nueva Era*, estando en conocimiento previo de todos estos bemoles, dispusieron una serie de acciones para cerrar los distintos caminos y veredas que llevaban hacia dichas ciudades puntarenenses,

20 ARGÜELLO MORA, Manuel, *Cuestión Mora y Aguilar (réplica)*, San Salvador: Imprenta A. Liévano, 1861, p. 5.

21 MONTÚFAR RIVERA, Lorenzo, *Reseña histórica de Centroamérica (tomo III)*, Guatemala: Tipografía El Progreso, 1879, p. 650.

22 VARGAS ARAYA, Armando, “El atroz magnicidio de Puntarenas” (II parte), *Segunda Sección (Diario Extra)*, 28 de septiembre, 2010, p. 11.

23 HILJE QUIRÓS, Luko, *De cuando la Patria ardió*, San José: EUNED, 2007, p. 105.

24 GUTIÉRREZ NÚÑEZ, Pedro. *Calendario Histórico: 500 años de historia de Costa Rica*. San José: UACA, 1988, p. 335.

procediéndose, además, al arresto de varios de los principales líderes de la revuelta. Operaciones que estuvieron a cargo del Coronel Pedro García O.²⁵

Ahora bien, sin tener noticia del cúmulo de episodios negativos que se estaban gestando en Costa Rica, hacia la una de la tarde del lunes 17 de septiembre y abordó del vapor *Columbus*²⁶, Mora desembarcó en Puntarenas, en compañía de su hermano, el Gral. Cañas, el Lic. Manuel Argüello (su sobrino), el Cnel. Francisco Sáenz, Clodomiro Montoya, Antonio Argüello y cuatro empleados.²⁷ Grupo al que se unió varios partidarios reunidos en Puntarenas, para sumar un total de 130 individuos.

Fue entonces cuando el Ministro Aguilar conformó un amplio piquete armado (aproximadamente 1.000 soldados distribuidos en tres batallones de 300 integrantes y una brigada de artillería de cien individuos²⁸), el cual, se colocó bajo la autoridad del sedicioso Gral. Máximo Blanco y del Gral. Florentino Alfaro.²⁹ Asimismo, se ordenó que dicho grupo estuviese co-liderado por dos *Comisarios Civiles*³⁰, escogiéndose para ello, a dos de los más reconocidos integrantes de la *Nueva Era*: los ya citados Francisco Montealegre F. y Francisco Iglesias Ll.³¹

Para el jueves 20 de septiembre, el grupo militar de la *Nueva Era* recuperó la ciudad de Esparza y se enfiló hacia el río Barranca, colocándose a lo largo de varios puntos de su margen izquierda. De modo peculiar, el único modo de cruzar dicho caudal era por medio de una pequeña barcaza que se encontraba unida a una gruesa cadena de hierro por medio de un andarivel. Razón por la que dicho punto fue custodiado por varias de las tropas del chileno Arancibia. Inverosímilmente, una vez que los soldados de Blanco arribaron al río de cita y ante la rápida muerte que dieron a un centinela, las tropas de Arancibia se desbandaron, pues, dando muestras de la más inaudita cobardía e ineptitud, el militar chileno fue el primero en salir despavorido hacia el puerto de Puntarenas.³² Una vez ahí, varios militares consideraron que Arancibia debía ser fusilado, pero Mora optó por darle

25 MELÉNDEZ CHAVERRI, Carlos. *Dr. José Ma. Montealegre*. San José: Academia de Geografía e Historia de Costa Rica, 1968, p. 108.

26 HILJE QUIRÓS, *op. cit.*, 2010, p. 84.

27 JINESTA MUÑOZ, Carlos, *Juan Rafael Mora*, San José: Imprenta y Librería Alsina, 1929, p. 20.

28 ARGÜELLO MORA, *op. cit.*, 2001, pp. 93-94.

29 ECHEVERRÍA AGUILAR, Manuel, "Retrato de don Vicente Aguilar", *Revista de los Archivos Nacionales*, N.º 3-4, 1942, p. 176.

30 GONZÁLEZ VÍQUEZ, Cleto, *El sufragio en Costa Rica ante la historia y la legislación*, San José: ECR, 1978, p. 140.

31 OBREGÓN LORÍA, Rafael, "Mora y Cañas: su vida y su destino", *Revista Comunicación (Instituto Tecnológico de Costa Rica)*, edición especial, 2010, p. 15

otra oportunidad al aceptar una petitoria del suramericano para recobrar el citado *paso el río Barranca*. Pero, para desconsuelo de Mora y sus allegados, una vez que Arancibia se volvió a encontrar con las tropas del gobierno, se comportó de un modo todavía más medroso que en su primera huída, volviendo a retirarse desenfrenadamente.

Así las cosas, el siguiente paso de las fuerzas gubernamentales se concentró en la toma de *La Angostura*. Empero, en dicho sitio, las tropas de Mora, dirigidas por un ingeniero venezolano de apellido Delgado, habían construido una fortificación en forma de herradura compuesta de varios grandes trozos de madera superpuestos y entre los que se colocaron 150 rifles, siete cañones de gran calibre y un cañón principal.³³ Como suprema autoridad militar de dicha trinchera se encontraba el Gral. Cañas Escamilla (secundado por el oficial Rafael Chavarría) y se dispuso la colocación de dos lanchas cañoneras a cada lado de la trinchera, la primera al mando del ciudadano alemán Guillermo Nanne³⁴ (en el mar abierto) y la segunda bajo la autoridad del capitán inglés Francis Rogers³⁵ (en el estero).

Con el paso de los días y bajo el proyecto de irse colocando lo más cerca posible de la construcción de *La Angostura*, los soldados de la *Nueva Era* empezaron a cavar una zanja zigzagueante, siendo que para el jueves 27 de septiembre ya se encontraban a pocos metros de su objetivo. Este último día y como complemento perfecto para los intereses del gobierno, un partidario de Mora de apellido Lefevre (francés)³⁶, fue capturado en el caserío de *Puerto Escondido* (lado opuesto del estero de Puntarenas), siendo obligado a emitir varias referencias sobre las posiciones y avituallamientos de los soldados de Mora.

Las anteriores delaciones llevaron entonces a Blanco a tomar dos decisiones: a) la trinchera sería atacada al día siguiente, cuando se presentase la marea baja, ya que este detalle no había sido tomado en cuenta al momento de erigir dicha estructura, por lo que sus flancos quedaban descubiertos y; b) de modo simultaneo, un grupo de cincuenta soldados escogidos se embarcarían en varias naves y, sigilosamente, asaltarían el puerto por el lado del estero, tratando de llegar al sitio exacto donde se encontraba Mora.

32 FALLAS SANTANA, Carmen M. *Élite, negocios y política en Costa Rica (1849-1959)*, Alajuela: MHCJS, 2004, p. 137.

33 OBANDO CAIROL, Emilio, “Los Generales Blanco y Salazar: un estudio histórico y genealógico”. *Boletín de la Asociación de Genealogía e Historia de Costa Rica*, No. 2, 2009, p. 28.

34 HILJE QUIRÓS, *op. cit.*, 2007, p. 128.

35 CASTRO SABORÍO, Octavio, *Laude: evocación de Mora (el hombre, el estadista, el héroe, el mártir)*, San José: 1955, p. 57.

36 FALLAS SANTANA, *op. cit.*, 2004, p. 138.

Efectivamente, a partir de las ocho de la noche del viernes 28 de septiembre, el Gral. Blanco inició de la toma de la trinchera, ante lo cual, el Gral. Cañas, dispuso el disparo de seis de los siete cañones colocados en ella. Pero, para el instante en que el militar salvadoreño ordenó que el cañón principal fuese percutido, dicha pieza artillada no disparó, pues, sin saberse aún, el cañonero encargado por Mora para dicho menester, Ignacio Torres³⁷, era en realidad un infiltrado que había descompuesto el arma en cuestión.

Después de dos horas de cruentos combates, lo que ocasionó un total de casi cien muertos (60 *gobiernistas* y 50 *moristas*) y como consecuencia de la evidente disminución de las pocas tropas defensoras de la trinchera, el Gral. Cañas emitió una orden de retirada. Asimismo y de modo paralelo al asalto de *La Angostura*, el escuadrón que había sido enviado para atacar al puerto por el estero logró su primer objetivo. Grupo que comandado por el tristemente célebre capitán Rafael Gómez³⁸ (famoso por su falta de escrúpulos, despiadada forma de actuar y delincuencia pasada de vida), y que se encaminó de inmediato al sitio que servía como Cuartel Principal de Mora (casa de dos pisos de su amigo Ceferino Rivero). Lugar en el que, en efecto, se hallaba descansando y que se encontraba custodiado por una tropa al mando del otrora jefe de empleados de las fincas de Mora, Salvador Guevara.

Ante la intempestiva llegada de las tropas de Gómez se desató una fortísima batalla entre ambos bandos, hasta que el propio Mora Porras cruzó hacia el lado opuesto del sitio en que se encontraba y accedió al consulado inglés, el cual, era dirigido por Mr. Richard Farrer³⁹, logrando ocultarse junto a su hermano José Joaquín. Mientras tanto y por los mismos motivos, el Gral. Cañas encontró refugio en el domicilio que albergaba al Consulado de Colombia, dirigido por don Juan F. Echeverría.⁴⁰

El ofrecimiento oprobioso

Pocos instantes después de que las tropas de la *Nueva Era* se apoderaron del puerto de Puntarenas, se desató una feroz persecución y ejecución sumaria de los pocos partidarios de

37 GÓMEZ URBINA, *op. cit.*, 1985, p. 92.

38 BRENES MESÉN, Roberto, "Memorias del señor Víctor Guardia Gutiérrez, General de División del ejército de Costa Rica". En: Academia de Geografía e Historia de Costa Rica, *Documentos Históricos*, San José: Imprenta Nacional, 1990, p. 188.

39 ARROYO SOTO, Víctor M., *Acusación ante la Historia*, San José: Editorial Presbere, 1983, p. 112.

40 GRILLO JIMÉNEZ, *op. cit.*, 2010, p. 111.

Mora que quedaron con vida. En cuanto al ex-mandatario y su hermano, a partir del sábado 29 de septiembre, las tropas gobiernistas iniciaron una minuciosa búsqueda en todos los domicilios y sitios del citado puerto, hasta que se entró en conocimiento de que ambos se encontraban refugiados en el consulado anglosajón. De inmediato un piquete de soldados, bajo la autoridad del *Comisario Civil* Iglesias Llorente, se apersonó a dicho recinto diplomático y con la autorización de Farrer, realizaron un pormenorizado registro, sin encontrar a ninguno de los hermanos. Circunstancia la anterior explicable en el hecho de que, pocas horas antes, Farrer había entablado una conversación con Mora a raíz de un pedido de asilo diplomático por parte del expresidente, el cual le negó por no tener dicho funcionario británico la legitimidad para ello.⁴¹ Sin embargo, ante un segundo arribo de Mora a dicho consulado en horas de la madrugada del día siguiente, Farrer le explicó que el Comisario Civil Iglesias deseaba proponerle una oferta.

Así las cosas y aprovechando la penosa situación de angustia en la que Mora se hallaba, Iglesias le entregó una ignominiosa carta en la que le prometía el más irrestricto respeto por la vida de sus pocos familiares y amigos que todavía no habían sido asesinados, bajo el requisito *sine qua non* de que el mandatario se entregase para ser ejecutado. Tal y como quedó plasmado en ese siniestro escrito de la siguiente manera: (...) *Don Juan con dolor cumplo un deber terrible; acabo de demorar con instancias la ejecución de dos personas. La vida de U. salva de la muerte a muchos de los suyos. Si usted se presenta o es descubierto, será ejecutado tres horas después, los demás se salvarán y tendrán gracia... puedo ser el protector y si necesario fuese el padre de sus hijos...Dios conoce mi corazón en estos instantes y si yo pudiese salvaría a usted (...)*⁴²

En ese sentido y con el deseo de no poner en peligro a los pocos compañeros de lucha que todavía sobrevivían, Mora se entregó de inmediato⁴³, tomando entonces la cruel carta colocándola dentro de su levita. Para las nueve de la mañana y en compañía de su hermano, fue encarcelado en el cuartel de la aduana puntarenense⁴⁴, hasta que poco después, el Gral. Cañas también se entregó.

41 MELÉNDEZ CHAVERRI, *op. cit.*, 1968, pp. 118-119.

42 OBREGÓN LORÍA, *op. cit.*, 1991, p. 323.

43 ARIAS CASTRO, Tomás Federico, "Ignominia patria", *La Nación*, 11 de abril, 2007, p. 28.

44 ALVARADO QUIRÓS, Alejandro, *Nuestra tierra prometida*, San José: Imprenta y Librería Trejos Hnos., 1925, p. 90.

El proceso amañado

Con la idea de ocultar todos los turbios detalles de su macabro asesinato, los *Comisarios Civiles* de la *Nueva Era* urdieron la simulación de un proceso castrense. Pues debe de recordarse y tenerse muy en cuenta, que la supuesta sentencia que se iba a emitir en virtud del proceso que estaba por iniciar, ya había sido dictada de previo. Tal y como lo probaba, irrefutablemente, el hecho de que en la redacción de la misiva de Iglesias Llorente, se le concedían únicamente tres horas de vida a Mora Porras.

Así las cosas, el procedimiento irregular que los sediciosos individuos de la *Nueva Era* pusieron en marcha, tuvo como primer paso la integración de un sui generis Consejo de Guerra. Lo anterior con el objetivo de otorgar algún matiz de legalidad militar a dicho enjuiciamiento. Parámetros así dispuestos en el articulado del vigente *Reglamento de Milicias de la República* de 1850, en cuyo uno de sus acápites, bajo el nombre de *Juicios Militares*, se establecía:

(...) Art. 35.- Los delitos puramente militares que se cometieren, serán juzgados...en consejo de guerra de oficiales generales cuando pertenezcan a las clases de generales, jefes y oficiales

Art. 36.- El Consejo de Guerra (para juzgar a) oficiales generales se compondrá de seis jefes, presidio por un General o Coronel

Inciso 1º (Art. 36).- En caso de que faltaren jefes para la composición del consejo de guerra de oficiales generales, se llamarán a reemplazar los que faltaren, a capitanes graduados de jefes

Art. 37.- Si la sentencia fuese absolutoria se mandará ejecutar inmediatamente y si .condenatoria, se pasará a la corte marcial, donde será revisada para su aprobación o reforma

Inciso 1º (Art. 37).- Cuando la Corte tuviere que revisar la sentencia pronunciada por un Consejo de Guerra de oficiales generales, el Poder Ejecutivo nombrará dos coroneles para que una de las salas de la enunciada Corte se convierta en Suprema Marcial (...)⁴⁵

Así, en primera instancia y propiamente en relación al referido artículo 35, para el momento de conformación del Consejo de Guerra en Puntarenas, únicamente dos individuos poseían el rango superior indicado: Blanco Rodríguez y Alfaro. Por lo que haciendo escarnio de la más evidente iniquidad, los *Comisarios Civiles* Montealegre e

45 *Colección de Leyes y Decretos (1849-1850)*, San José: Imprenta de la Paz, 1865, pp. 370-371.

Iglesias, fueron galardonados de modo *ad-hoc* con el grado de General⁴⁶, con lo cual se contravino, evidentemente, el requisito de que los juzgadores de un militar fuesen también parte del escalafón castrense, tal y como, de modo específico, lo indicaba la redacción del citado artículo trigésimo quinto.

Aunado a lo anterior, se dio el irrespeto absoluto del inciso 1º. del artículo 36, pues, flagrantemente, Montealegre e Iglesias, ostentaron en un risible espacio de tiempo, todos los diez cargos castrenses de nuestra milicia, desde el rango de soldado raso, hasta el generalato, puesto que ninguno ejerció nunca el rango de *capitanes graduados de jefes*.

Como siguiente irregularidad, ante la notoria ausencia de dos militares más de alto rango para conformar el sexteto requerido para el Consejo de Guerra, se procedió entonces a elevarle la categoría militar al Cnel. Pedro García, a quien le fue conferido el grado de General.⁴⁷ Ahora bien, dada la inmediatez con la que se quería ejecutar a Mora, sus verdugos obviaron deliberadamente que el citado artículo 36 prescribía la obligatoriedad de que el Consejo de Guerra se compusiese de seis integrantes, por lo que, finalmente, dicho órgano juzgador quedó conformado solo por cinco individuos.

Con el inicio del proceso, Mora Porras no tuvo ocasión de que se le nombrase un abogado defensor, así como se le denegó la oportunidad procesal de emitir algún argumento o circunstancia en defensa de su vida e integridad o, siquiera, la posibilidad de que pudiese presentar algún testigo de descargo o legajo probatorio a favor de su causa.

Por fin, para horas del mediodía y sin haber realizado acto procesal alguno de juzgamiento o valoración, los cinco integrantes del Consejo de Guerra *ad-hoc*, emitieron una sentencia sumarísima (vuelva a reiterarse: de previo decidida en la carta del *Comisario Civil* Iglesias Llorente) en la que condenaron a Mora a ser fusilado dentro del referido plazo de tres horas en las inmediaciones de la ciudad de Puntarenas.⁴⁸

Momento el anterior en el que se dio la última de las ilegitimidades jurídicas en contra del ex mandatario. Pues, el artículo 37 del *Reglamento de Milicias de la República*, establecía la obligatoriedad de elevar una sentencia condenatoria a conocimiento de una

46 OBREGÓN LORÍA, Rafael, *Hechos militares y políticos*, Alajuela: MHCJS, 1981, p. 137.

47 OBREGÓN QUESADA, Clotilde, *El río San Juan en palucha de las potencias (1821-1860)*, San José: EUNED, 1993, p. 256.

48 CALVO MORA, Joaquín B., *Apuntamientos geográficos, estadísticos e históricos*, San José: Imprenta Nacional, 1887, p. 309.

corte superior marcial en calidad de segunda instancia procesal, lo cual nunca le fue concedido al expresidente.

Así las cosas, al efectuarse una elucubración pormenorizada de todos los elementos que se concatenaron en el asesinato de Mora, cabe señalarse los siguientes bemoles:

- Si la supuesta conformación del Consejo de Guerra fue con la idea de darle algún matiz de legalidad a la previa y decidida muerte de *Don Juanito* ¿Cual podía ser la validez y legitimidad de una sentencia condenatoria emitida por la más acérrima subjetividad, en razón de que el órgano acusador y condenador estuvo conformado por algunos de los más reconocidos y recalcitrantes enemigos del expresidente Mora Porras, incluyendo a dos miembros principales de la *Nueva Era*?
- La ilegítima designación de tres de los cinco miembros del ente juzgador, en la que dos de sus integrantes (Montealegre e Iglesias) no cumplían ni quiera con alguno de los requisitos de la ley militar vigente, mientras que otro de sus miembros (García) fue ascendido jerárquicamente y de modo específico para el juzgamiento del ex-mandatario, provocaba la inmediata y absoluta nulidad de la sentencia. Ya que dichos individuos, no solo habían sido nombrados directamente para dicho actuar, sino que carecían de las formalidades exigidas para un Consejo de Guerra.
- El incumplimiento del porcentaje de seis jefes militares juzgadores que exigía el *Reglamento de Milicias de la República*, producía ipso facto que tanto el procedimiento como la condena deviniesen en absolutamente nulos.
- Si la sentencia de muerte que pronunció el Consejo de Guerra *ad-hoc*, ya había sido decidida antes del ilegítimo juicio en contra de Mora, tal y como lo probaba la redacción de la carta de Iglesias, dicho adelantamiento de criterio condenatorio anulaba todos los actos procesales de ese ilegal procedimiento militar.
- Acápiteme el anterior, también demostrable en el hecho de que nunca se valoró la posibilidad de condenar a Mora a otra sanción o pena (destierro, encarcelamiento, caución, embargo, degradación militar, etc.,) que no fuese el fusilamiento.
- Asimismo ¿cuáles fueron los elementos probatorios que conformaron el legajo de prueba en que supuestamente se basó el Consejo de Guerra ad hoc para sentenciar a Mora? y ¿cuáles fueron las valoraciones, nexos de causalidad y criterios de

razonabilidad y proporcionalidad que emitieron cada uno de sus ajusticiadores, respecto de ese elenco probatorio?

- La negación por parte de los integrantes del Consejo de Guerra, de dotar a Mora de un abogado defensor y por lo menos de concederle la ocasión de emitir alguna consideración a su favor, traía aparejado como consecuencia, la nulidad de cualquier sanción en su contra por ausencia de estas dos garantías procesales.
- Finalmente, si el mencionado artículo 37 estipulaba que en caso de una sentencia condenatoria, esta sería conocida y revisada en una segunda instancia, entonces, ¿cuál fue la autoridad superior que conoció en apelación, el pronunciamiento del Consejo de Guerra ad-hoc?

Una vez comunicada la sentencia del Consejo de Guerra a Mora Porras, se le concedió la posibilidad de redactar unas cartas. Para las dos de la tarde, se confesó y recibió el sacramento de la extremaunción⁴⁹ con el presbítero Antonio del C. Zamora.⁵⁰

De seguido, Mora salió del cuartel de la aduana y fue escoltado hacia el extremo oeste de la franja de tierra puntarenense hasta arribar a un sitio alejado del centro de la ciudad, conocido con el apelativo de *Los Jobos*⁵¹, debido al gran número de árboles que de esa especie maderera se ubicaban en sus inmediaciones. Una vez ahí, el expresidente únicamente solicitó que no le vendasen los ojos, lo colocasen con la vista hacia el sol y que le disparasen al pecho, con el fin de que no le desfigurarle el rostro.⁵²

Instantes después y ante la reiterada falta de valentía y coraje para dirigir la ejecución por parte de todos los oficiales costarricenses presentes, el pelotón marcial fue entonces asumido por un capitán chileno de apellido Arenales.⁵³ De seguido, Mora fue colocado enfrente de uno de los árboles de jobo y según lo narrado por varios testigos, la mayoría de los soldados integrantes del pelotón, lloraban copiosamente cuando se les indicó apuntar sus armas hacia el ex mandatario.⁵⁴ Ello por cuanto casi la totalidad de esos

49 SANABRIA MARTÍNEZ, Víctor M., *Bernardo Augusto Thiel (segundo obispo de Costa Rica: apuntamientos históricos)*, San José: ECR, 1982, p. 233

50 HERRERA SOTILLO, Ana I., “El presidente Juan Rafael Mora y la Iglesia Católica”, *Revista Comunicación (Instituto Tecnológico de Costa Rica)*, edición especial, 2010, pp. 57-58.

51 GÓMEZ URBINA, *op. cit.*, 1985, p. 94

52 FERNÁNDEZ GUARDIA, Ricardo, *Morazán en Costa Rica*, San José: Editorial Lehmann, 1943, p. 152.

53 VARGAS ARAYA, Armando, *El lado oculto del Presidente Mora*, San José: Edit. Juricentro, 2007, p. 371.

54 CASTRO SABORÍO, *op. cit.*, 1955, p. 63.

mismos combatientes habían estado bajo su autoridad y luchado junto a él durante la *Campaña Nacional*. Por lo que incluso, cuando Arenales emitió la orden inicial de tiro, la primera fila de soldados se negó a disparar, lo que llevó al militar chileno a vociferar contra la segunda fila de dicha tropa para que percutiesen sus armas.

Por fin, a las tres de la tarde de ese domingo 30 de septiembre de 1860⁵⁵, una ensordecedora descarga de los fusiles fue percutida contra Mora, lo que provocó su inmediata caída al suelo en medio de una profunda hemorragia, lo que a su vez desembocó en algunos estertores. En medio de ese desolador y trágico panorama y habiendo quedado con vida, el oficial chileno Arenales se acercó impasiblemente al cuerpo moribundo de éste y lo remató de un disparo a ras del cráneo.

El “honor” de la Nueva Era

Transcurrida la perpetración del asesinato de Mora, el Gral. Blanco procedió, el 1° de octubre, a informar a las autoridades de la *Nueva Era*, acerca de los detalles de dicho homicidio. En efecto, la nota fue recibida en San José por el Ministro de Gobernación Aniceto Esquivel, quien la remitió al mandatario Montealegre, el cual, a su vez, convocó a su Consejo de Gobierno. Una vez leída la nota, el gabinete de cita, en una de las decisiones más indignas e inauditas de nuestra historia, procedió a indicarle al Gral. Blanco que tras poner: (...) *en conocimiento del Presidente de la República la comunicación de usted, fecha de ayer, en que da...cuenta de haber sido pasados por las armas D. Juan Rafael Mora e Ignacio Arancibia y sentenciados a deportación D. José María Cañas, D. José Joaquín Mora, D. Manuel Cañas, D. Manuel Argüello y D. Leónidas Orozco, a reserva de lo que disponga el Supremo Gobierno. Este aprueba todo lo practicado por usted, con excepción de lo que se refiere a D. José María Cañas, a quien, de acuerdo con un numeroso Consejo de Gobierno, previene sea pasado por las armas (...)*⁵⁶

Infausto y bochornoso pronunciamiento del Consejo de Gobierno de la *Nueva Era*, en el que confluyeron dos circunstancias pletóricas de iniquidad e ilegalidad. Pues, por una parte y en evidente violación al principio jurídico constitucional de la división tripartita de poderes, dicho ente del Poder Ejecutivo se transformó en órgano judicial y condenó a

55 ARIAS CASTRO, Tomás Federico, *150 años de historia de la Masonería en Costa Rica*, San José: ECR, 2015, p. 86,

56 MELÉNDEZ CHAVERRI, *op. cit.*, 1978, p. 291.

muerte al Gral. Cañas sin más legitimidad para ello que su voluntad unilateral. Mientras que, por otra parte, con dicha decisión se incumplía del modo más deshonesto la promesa que se le había ofrecido al asesinado ex mandatario Mora en respetar irrestrictamente la vida de sus familiares y amigos que todavía se encontraban en Puntarenas.

Así las cosas y ante la evidente preocupación del gabinete de la *Nueva Era* acerca de que la distancia entre la capital y Puntarenas, así como las pocas horas con las que contaban, incidiesen para que Cañas lograra abordar un barco que le permitiera abandonar el país, se avocaron entonces a encontrar la manera más expedita de hacer llegar dicha decisión. Para ello, ese mismo 1º de octubre se dispuso que, tanto el capitán Ramón Castro A. como el capitán Pablo Quirós J.⁵⁷, saliesen a todo galope de caballo hacia la ciudad portuaria, llevando no solo la resolución homicida, sino, además, otro equino que les sirviese de sustituto para el caso de que la primera bestia ya no pudiese continuar la cabalgata, pues la orden fue no parar en momento alguno durante toda la travesía.⁵⁸

Fue así como, Castro y Quirós arribaron a Puntarenas a las cinco de la madrugada del día siguiente, entregándole al Gral. Blanco la draconiana decisión del Consejo de Gobierno. Confirmada la noticia y tras comunicársela a Cañas, se le dio la oportunidad de escribir unas cartas.⁵⁹ Pocos minutos más tarde, el militar salvadoreño fue trasladado al mismo sitio apartado de *Los Jobos* y una vez en dicho lugar y ante la reiterada negación de todos los oficiales de alto rango ahí presentes para dirigir el fusilamiento, se encomendó tan infausta tarea al despiadado capitán Rafael Gómez.⁶⁰

De seguido, Cañas se colocó al frente del mismo árbol en que Mora había pasado sus últimos momentos de vida.⁶¹ Así, a las nueve de la mañana del martes 2 de octubre de 1860⁶² y después de la orden de disparo emitida por Gómez, una contundente ráfaga lo impactó en varias partes del cuerpo ocasionándole una muerte inmediata.⁶³

57 OBREGÓN LORÍA, *op. cit.*, 1981, p. 138.

58 FERNÁNDEZ GUARDIA, Ricardo, *Cosas y gentes de antaño*, San José: EUNED, 1980, p. 248.

59 MÉNDEZ ALFARO, Rafael A., *Cañas: hombre de Estado y empresario*, San José: EUNED, 2012, p. 239.

60 ARGÜELLO MORA, Manuel, “El General Cañas”. En: *Páginas Ticas*, San José: Librería Las Américas, 1962, p. 60.

61 ACUÑA BRAUN, Ángela, *La mujer costarricense a través de cuatro siglos (tomo I)*, San José: Imprenta Nacional, 1969, p. 87.

62 MÉNDEZ ALFARO, Ricardo, MELÉNDEZ CHAVERRI, Carlos, ZELEDÓN CARTÍN, Elías y CARBALLO QUINTANA, Alberto, *Almanaque histórico costarricense*, Heredia: EUNA, 1999, p. 143.

63 ARIAS CASTRO, Tomás Federico, “El General Cañas Escamilla”, *La Nación*, 2 de octubre, 2012, p. 29.

El periplo post mortem

Una vez consumado el fusilamiento del expresidente Mora Porras, un grupúsculo de facinerosos planteó la indigna idea de que su cuerpo fuese lanzado al mar o al estero, con el fin de que fuese devorado por los abundantes tiburones de la zona.⁶⁴

Así, en medio de tan deplorable panorama, se escucharon de pronto varias palabras de reproche y malestar para tan esperrable intención, pronunciadas por el cónsul francés acreditado en nuestra patria, don Juan Jacobo Bonnefil Hydemaýra⁶⁵, quien hacia unos instantes había sido testigo directo del fusilamiento. De seguido, el diplomático galo se dirigió ante el Gral. Máximo Blanco y le solicitó su anuencia para sepultar el cuerpo del expresidente, lo cual le fue concedido.⁶⁶

De seguido y ante la ausencia de una mortaja, Bonnefil deslizó la bandera de Francia que ondeaba en el consulado y envolvió el cadáver⁶⁷, siendo que al momento de acomodar el ropaje ensangrentado de Mora, se encontró con la infausta *carta de honor* rubricada por el *Comisario Civil* Iglesias, la cual guardó.⁶⁸ Luego de ello, Bonnefil trasladó el cuerpo hacia su casa, en donde lo depositó en un rustico ataúd de madera de pino. En horas de la noche de ese mismo domingo, el cuerpo del ex mandatario fue colocado en una pequeña barcaza y trasladado sigilosamente al lado norte del estero. En ese sitio, Bonnefil junto a sus yernos Santiago Constantine (inglés) y Jules Rosat (francés)⁶⁹ y contando además con la presencia del cónsul británico Richard Farrer, del capitán militar Francis Roger y del ciudadano alemán Guillermo Nanne⁷⁰, procedieron a cavar una profunda fosa, sepultando el cadáver en el antiguo *Panteón del Estero*.⁷¹ Tan solo dos días después, Bonnefil repitió los mismos actos con el cadáver del Gral. Cañas, cuyos restos fueron sepultados en una tumba excavada junto a la de Mora Porras.⁷²

64 CASTRO SABORÍO, *op. cit.*, 1955, p. 65.

65 WOODBRIDGE MANGEL, Edmond, *¡Viva Volio! y otros cuentos (casi una autobiografía)*, San José: EUNED, 1989, p. 23.

66 ARIAS SÁNCHEZ, Raúl, *Los soldados de la Campaña Nacional (1856-1857)*, San José: EUNED, 2007, p. 82.

67 WOODBRIDGE ALVARADO, Paúl, "Mora y Bonnefil", *La Nación*, 29 de noviembre, 2009, p. 33

68 ARGÜELLO MORA, Manuel, *Cuestión Mora y Aguilar (réplica)*, San Salvador: Imprenta A. Lievano, 1861, pp. 7-8.

69 VARGAS ARAYA, *op. cit.*, 2007, p. 372.

70 CASTRO SABORÍO, *op. cit.*, 1955, p. 67.

71 HILJE QUIRÓS, Luko, *Karl Hoffmann (Cirujano Mayor del ejército expedicionario)*, Alajuela: CUNA, 2007, p. 264.

72 GRILLO JIMÉNEZ, *op. cit.*, 2010, p. 121.

Ahora bien, el transcurso inexorable del tiempo hizo surgir en Boneffil la preocupación de que ante su eventual muerte, se perdiese el conocimiento acerca del sitio de ubicación de ambas tumbas, por lo que el 20 de Mayo de 1866⁷³, exhumó los restos óseos de Mora y Cañas, ayudado por su ya citado yerno Constantine y los marineros de la barca francesa *Phocean*: capitán Carlos Leonard, Enrique Legouef, Francisco Hervé y Guillermo Moubre.⁷⁴ Acto sobre el cual mandó incluso a redactar un acta que fue rubricada por los individuos ahí presentes.⁷⁵ Posteriormente, ambas osamentas fueron depositadas en unas cajas de madera de cedro y trasladadas al domicilio puntarenense de Bonnefil. Poco después, los dos recipientes mortuorios fueron trasladados al hogar que el diplomático galo poseía en San José, en donde se les colocó en uno de los salones de dicho domicilio. Por último, dicho accionar se complementó, el 5 de agosto de 1866⁷⁶, con la redacción de un acta médico-forense suscrita por el galeno guatemalteco Dr. Mariano Padilla M.⁷⁷, en la que se registró una minuciosa descripción de los elementos óseos y otros objetos encontrados en ambas tumbas. Hasta que, al término de dicho procedimiento, ambos restos fueron incinerados y depositados en dos urnas de caoba barnizada.

A finales de ese mismo año de 1866, Boneffil decidió que las urnas debían de trasladarse a un sitio público, por la que ambos recipientes funerarios fueron depositados en la sacristía de la antigua capilla del sagrario de la Catedral Metropolitana⁷⁸, en donde reposaron por los próximos casi cuatro lustros. Paralelamente, Boneffil también entregó a los familiares de Mora, varios de los pequeños objetos rescatados de su fosa, así como la oprobiosa carta con la que el *Comisario Civil* Iglesias había logrado su ejecución.

Ahora bien, para septiembre de 1881⁷⁹, la urna con los restos del Gral. Cañas, fue depositada en el *Cuadro Ángeles* del Cementerio General de San José. Misma circunstancia que acaeció con el recipiente funerario del expresidente Mora, ya que, en enero de 1885⁸⁰,

73 GUTIÉRREZ NÚÑEZ, Pedro, *Calendario Histórico: 500 años de historia de Costa Rica*, San José: UACA, 1988, p. 190.

74 WOODBRIDGE MANGEL, *op. cit.*, 1989, p. 23.

75 “Acta original de exhumación de los restos de don Juan Rafael Mora y el General Cañas”, *Revista de los Archivos Nacionales*, N.º 7-8, 1944, p. 378.

76 VARGAS ARAYA, Armando, *Polifonía del Padre de la Patria*, San José: EDUVISIÓN, 2014, p. 112

77 BLANCO ODIO, Alfredo, *Los médicos en Costa Rica y su influencia en el desarrollo económico y social*, San José: Imprenta y Litografía Mundo Gráfico S. A., 1997, p. 72.

78 ACUÑA BRAUN, *op. cit.*, 1969, p. 85.

79 ZELEDÓN CARTÍN, Elías, *Biografías de costarricenses*, Heredia: EUNA, 2013, p. 274.

80 HERRERA SOTILLO, *op. cit.*, 2010, p. 59.

dicho objeto fue trasladado al Cementerio General capitalino, en donde fue inhumado en el mausoleo 21 del cuadro *La Merced*.

Con el advenimiento de la segunda década del siglo XX y como consecuencia de la organización de una serie de conmemoraciones históricas para celebrar el centenario de nacimiento⁸¹ del Presidente Mora Porras (acaecido en febrero de 1814⁸²), acaeció en noviembre de 1913⁸³ una donación realizada por los señores John M Keith y Alberto Echandi M. (a nombre de la Junta de Caridad de San José), para que los restos del asesinado ex gobernante fuesen sepultados en una tumba propia, la cual fue ubicada en el *Cuadro Sección Exterior Este* del ya referido cementerio josefino. Estructura marmórea sobre la cual se erigió una columnata que sostiene un busto de bronce del expresidente⁸⁴, confeccionado por el afamado escultor Juan Ramón Bonilla⁸⁵ y que fue develada, precisamente, el 8 de febrero de 1914.⁸⁶ Asimismo, se empotró una placa de cobre que indica: *Juan Rafael Mora (1814-1860)*. Obras las cuales tuvieron como principal artífice al intelectual Octavio Castro Saborío⁸⁷ y a la llamada *Junta Patriótica Centenario de Mora*.⁸⁸

Asimismo y como parte del conjunto de reconocimientos póstumos, se destacó el ideado por el historiador Francisco M. Núñez M.⁸⁹, quien presentó un proyecto a la municipalidad de Puntarenas para erigir un monumento funerario en el sitio exacto de *Los Jobos* en que ambos personajes habían sido ejecutados. Una vez aprobada la moción de cita, el órgano municipal conformó una comisión especial encargada de la obra. Así, después de varios meses de construcción y contando con la alocución oficial del ilustre jurista Lic. Alejandro Alvarado Q., se inauguró, el 8 de diciembre de 1918⁹⁰, una plazoleta

81 Hijo de Camilo Mora Alvarado y Ana Benita Porras Ulloa. QUIRÓS AGUILAR, Ernesto, “Ascendencia del Benemérito D. Juan Rafael Mora Porras y de su esposa Da. Inés Aguilar Cueto”, *Revista de la Academia Costarricense de Ciencias Genealógicas*, N.º 3, 1956, pp. 4-7.

82 ARIAS CASTRO, Tomás Federico, “Bicentenario del Presidente Mora Porras”, *La Nación*, 14 de febrero, 2014, p. 37.

83 VARGAS ARAYA, *op. cit.*, 2014, p. 92.

84 ZAMORA HERNÁNDEZ, Carlos M. y QUESADA VANEGAS, Santiago, *Cementerio General: Ciudad de San José*, San José: Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural, 2009, p. 78

85 FERRERO ACOSTA, LUIS, *La escultura en Costa Rica*, San José: ECR, 1991, p. 208.

86 JINESTA MUÑOZ, Carlos, *Juan Rafael Mora*, San José: Imprenta y Librería Alsina, 1929, pp. 23-24.

87 CASTRO SABORÍO, Octavio, *El centenario del Benemérito de la Patria ex-Presidente de la República y General don Juan Rafael Mora Porras*, San José: Tipografía Nacional, 1915.

88 DÍAZ ARIAS, David, “Mora en la batalla de la memoria”, *sección Áncora (La Nación)*, 2 de marzo, 2014.

89 Comisión de Investigación Histórica de la Campaña Nacional 1856-1857, *Crónicas y Comentarios*, San José: ECR, 2006, p. 399.

90 SOLERA RODRÍGUEZ, Guillermo, *Beneméritos de la Patria y Ciudadanos de Honor Costarricenses*, San José: Antonio Lehmann (librería e imprenta Atenea), 1964, p. 48.

semicircular a la que se denominó con el apelativo de *Parque Mora y Cañas*.⁹¹ Sitio en donde se erigió una estructura piramidal de piedra, sobre la que se empotró una columna trunca laureada (confeccionada por el escultor Alberto Portugués) y se posicionó una amplia placa marmórea en su costado sur, que indica: *A la memoria de los Beneméritos de la Patria Generales Juan Rafael Mora y José María Cañas, muertos en este lugar el 30 de septiembre y 2 de octubre respectivamente del año 1860. 8 de diciembre de 1918.*⁹²

Cuatro décadas más tarde y con motivo de las festividades del centenario de la *Campaña Nacional 1856-1857*, los miembros del Club Rotario de Puntarenas patrocinaron, en noviembre de 1957⁹³, el financiamiento de un busto de bronce del expresidente Mora Porras y uno del Gral. Cañas, los cuales, fueron esculpidos por el afamado escultor Juan R. Chacón S. y colocados en 1960, con motivo de la conmemoración de los cien años de los ajusticiamientos, sobre unos pedestales a cada uno de los costados del monumento marmóreo del *Parque Mora y Cañas*.

Asimismo, para abril de 1975 y con la idea de salvaguardarlo para la posteridad histórica, el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes emitió el Decreto Ejecutivo N.º 4666-C., en el que se estipuló la declaratoria del *Parque Mora y Cañas* bajo la categoría jurídica de Monumento Histórico.⁹⁴ Hasta que finalmente y como consecuencia de la reinauguración en abril de 1980, de las instalaciones del Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, se dispuso el resguardo en uno de sus salones, de una urna que contiene un fragmento de bala y un trozo del árbol de jobo en que Mora y Cañas fueron ajusticiados en la localidad puntarenense.⁹⁵

Conclusión

Los distintos episodios que se concatenaron en el cuasi magnicidio del expresidente Juan Rafael Mora Porras y el asesinato del Gral. José María Cañas Escamilla se erigieron en un atípico punto de inflexión de nuestro derrotero histórico, el cual, se había caracterizado

91 ZAMORA HERNÁNDEZ, Carlos, *Circuito de Turismo Cultural: Ciudad de Puntarenas*, San José: Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural, 2009, p. 15.

92 GONZÁLEZ VÁSQUEZ, Fernando, “Mora y Cañas en la toponimia y la estatuaría nacionales”, *Revista Comunicación (Instituto Tecnológico de Costa Rica)*, edición especial, 2010, p. 106.

93 ZAMORA HERNÁNDEZ, Carlos M., ÁLVAREZ MASÍS, Yanory y FALLAS PASTOR, Carlos L., *Monumentos escultóricos de las cabeceras de provincia*, San José: Centro de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural, 2003, p. 24 y 44.

94 *Colección de Leyes y Decretos (1975, I semestre)*, San José: Imprenta Nacional, 1975, p. 764.

95 ARIAS CASTRO, *op. cit.*, 2014, p. 37.

desde otrora por un actuar con certera magnanimidad y respeto por la justicia ante situaciones de similar naturaleza.

Así, los autores intelectuales y materiales que perpetraron los fusilamientos de 1860, no solo actuaron con total libertad de acción y desfachatez, sino que, y esto es lo más inaudito, auto justificaron dicho proceder en una cúmulo de arbitrariedades, iniquidades, imposiciones y actos de virulencia, que les fueron posibles de efectuar en consecuencia de su condición de integrantes gubernamentales y personeros militares de la ignominiosa *Nueva Era*. Pero como si todo lo anterior no fuese suficientemente esperrnible, ni uno solo de los reconocidos ejecutores materiales e intelectuales de Mora y Cañas fueron si quiera acusados por los hechos de cita, por lo que pudieron hacer gala vergonzosa de su impunidad sin reproche jurídico alguno, llegando incluso a incurrir en la apología y vanagloria de su comportamiento. Ello por cuento, de modo lamentable, la gran mayoría de las autoridades judiciales de la época que eventualmente hubiesen tenido la responsabilidad y obligación de iniciar una investigación penal por estos tristes hechos, eran también reconocidos integrantes de esa *Nueva Era*.

Es así que, llegado el término de la presente ponencia histórica-jurídica, se puede elucubrar acerca de cuál fue la principal motivación para un actuar tan draconiano y cruento como el desplegado por las autoridades políticas de la *Nueva Era* en septiembre de 1860. Pues, desde la óptica de dichos conjurados, el asesinato de Mora era necesario, ya que el eximio derrotero de su vida así como el insigne cúmulo de sus obras, solo podían fenecerse por medio de una sórdida felonía, un vergonzoso engaño, un ilegítimo juzgamiento y el ensordecedor retumbo de varias balas percutidas por un pelotón de soldados virulentamente amedrentados y vilmente comandados.

Es por ello que, aún y cuando, el siniestro complot homicida que la *Nueva Era* urdió entre 1859 y 1860 le significó a Mora Porras el fin de su existencia terrena, también resulta indefectiblemente cierto que ese mismo asesinato, lejos de materializar el macabro objetivo de sus ejecutores, lo elevó de inmediato al honroso pedestal de homenaje perpetuo y valía perenne que Costa Rica le tiene asignado a aquellos de sus más valiosos y emblemáticos hijos. Honor no solo representado en estatuas, calles, placas, plazas, edificios y demás similares, sino en el corazón de la mayoría de los habitantes de nuestra patria.

Todo lo anterior lo cual, debe de recordarnos sempiternamente a todos los costarricenses, que fue durante la centuria decimonónica y propiamente entre 1814 cuando se dio su nacimiento en San José y hasta su sentida muerte en 1860 en la ciudad de Puntarenas, cuando esta tierra bendecida por el destino divino, tuvo el honor y la gracia de que de sus entrañas naciese la inmortal figura de don Juan Rafael Mora Porras.